

EL CONVENTO

Un silencio invadía las celdas vacías. La niebla acariciaba los antiguos muebles. El ambiente de un pantano en la noche reinaba en el espacio. La quietud de una oración coronaba el tiempo. El alma era un convento con muy pocas ventanas hacia el exterior. Un enigma la envolvía y dejaba su huella en la tenue luz que entraba desde el mundo. El hombre iba con su alma de aquí para allá, sin encontrar posada donde descansar. Su misterio de hombre era aceptado por muy pocos. “¡Hombres de poca fe!, exclamaba, ¿Por qué no creéis en mí? ¿Por qué no me aceptáis cual soy, con mi misterio de hombre, y os empeñáis en hacer de mí una máquina registradora a fuerza de teclearme con vuestras risas burlonas? Y los demás hombres reían y reían y éste partía hacia otro lugar en el que soñaba descansar. Y el hombre llegaba a la nueva posada y, ante su presencia, sus huéspedes lo tildaban de loco, con sus viejas risas. La vejez cubrió al hombre con su manto de armiño y éste veía venir la muerte. Desde el fondo del camino, una luz se aproximaba cada vez más veloz. La luz penetró a través de las pocas ventanas del convento colmándolo de claridad. No era la tenue luz del mundo. Era el resplandor de la eternidad que había comprendido su misterio.